

Daniel Schávelzon
Francisco Girelli
Maximiliano Martínez Álvarez

ARQUEOLOGIA DE RESCATE EN *CASA ROSADA*

Del Palacio de los Virreyes a la Casa de Gobierno
Nacional (1594-1884)



Arqueología de rescate en *Casa Rosada*

Del Palacio de los Virreyes a la Casa de Gobierno
Nacional (1594-1884)

Daniel Schávelzon

Francisco Girelli

Maximiliano Martínez Álvarez



Centro de Arqueología Urbana

Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo”

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo

Universidad de Buenos Aires

Imagen de la portada:

Fragmento del cuadro “The city of Buenos Ayres”, de Richard Adams, 1832 (cortesía Remates Saráchaga).

Schávelzon, Daniel

Arqueología de rescate en Casa Rosada : del Palacio de los Virreyes a la Casa de Gobierno Nacional (1594-1884) / Daniel Schávelzon; Francisco Girelli; Maximiliano Martínez Álvarez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Centro de Arqueología Urbana, 2019.

54 p. ; il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-86-2527-0

1. Arqueología Colonial. 2. Buenos Aires. I. Título
CDD 930.1

Centro de Arqueología Urbana

Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo”

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo

Universidad de Buenos Aires

ISBN: 978-987-86-2527-0

Índice

Agradecimientos	7
Antecedentes	9
Del Fuerte de San Miguel a la Casa de Gobierno Nacional	13
Las estructuras descubiertas: descripción e identificación	27
Estructura A	27
Estructura B	33
Estructuras C y D	35
Ubicación e identificación de los restos remanentes	39
Sobre el origen del nombre “Casa Rosada”	49
Conclusiones	51
Bibliografía	53



Figura 1. Fuerte de Buenos Aires visto desde el río en una acuarela de Emeric Essex Vidal de principios de siglo XIX (Fuente: Vidal, 1820: 17).

Agradecimientos

Este estudio es fruto de un trabajo de rescate realizado en muy pocos días, que dio como resultado una evidencia material del trazado original de la ciudad por Juan de Garay en 1580. Eso se logró gracias a muchas personas a quienes agradecemos. Pero primero, nuestra deuda con la Dirección de Planificación Estratégica de la Secretaría General de la Presidencia, a través de la arquitecta Marité Berdasco y la Oficina Técnica de la Dirección de Obra de FADU-UBA. Todo sucedió al iniciarse trabajos de excavación dentro de la Casa de Gobierno para hacer una caja vertical para dos ascensores. Dado que había sido prevista la posibilidad de encontrar restos de época precedente, y que se detectó la presencia de materiales culturales en los rellenos que se estaban abriendo, se hizo una primera consulta en junio de 2018 que fue atendida por la Dra. Ana Igareta.

Le agradecemos especialmente a Matías Hernández y a todo el personal de la obra, en especial al equipo de Seguridad e Higiene, que dieron todo de su parte para hacer posible el trabajo en un lugar que realmente no estaba pensado para la arqueología. La restauración de los objetos fue hecha por Patricia Frazzi.



Figura 2. El Fuerte y el Palacio de Gobierno en su interior, acuarela de C. H. Pellegrini de 1831, nótese el balcón del tipo *cajón limeño* en la esquina.

Antecedentes

La imagen del ya desaparecido fuerte de Buenos Aires es omnipresente en cualquier vista o historia de la ciudad, y cualquier libro escolar o el imaginario: hubo decenas de ilustraciones y aun se asocia la Casa Rosada, sede del poder presidencial, con ese antiguo edificio español que también lo era. Pero para quien quiera ver algo lo único es un fragmento de muro cuya autenticidad es relativa. Y eso es parte de la historia del edificio.

Han habido algunos hallazgos con el tiempo al excavar el lugar en que estuvo el antiguo Fuerte, pero fueron encuentros casuales: en 1937 al hacerse obras de instalaciones sanitarias en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Paseo Colón (Rusconi, 1937; 1956); al demolerse el ala sur de la Casa de Gobierno en 1938 (Cúneo, 1938); lo que se repitió en 1942 y en 1970. Vale mencionar también los hallazgos ocurridos en 1905 mientras se efectuaban obras en el *Patio de las Palmeras*, donde los operarios alarmaron a las autoridades sobre la aparición de un conjunto de piedras arrojadas, morteros y restos arqueofaunísticos asociados a una posible ocupación prehispánica. El caso fue intervenido por Amborsetti y otros especialistas, pero no se estableció vínculo alguno con el Fuerte (Schávelzon y Girelli, 2019).

Unos muros atribuidos a ser un bastión y un par de troneras del Fuerte se pueden observar dentro del Museo de la Casa de Gobierno aunque no hay información sobre su estructura o forma original (Figura 3). Presenta dos problemas: por un lado fueron alterados -o al menos completados- al inaugurarse el museo el 12 de octubre de 1957 dentro de la Aduana Taylor (Anónimo, 1957a; 1957b), y por otro, no terminan de coincidir con el bastión sureste, con el que deberían hacerlo, ya que quedarían en la parte baja y sobre las toscas del río donde no hay información de que hubieran existido troneras. Las hubo pero estaban en la parte alta de la barranca, de otra forma es absurda su existencia.

Carlos Rusconi, el observador meticoloso de cuanto agujero había en la ciudad, fue el primero en notar que había algo interesante en un pozo de obras sanitarias en Yrigoyen y Paseo Colón (Figura 4). Lo describió en artículos de prensa y en textos más extendidos, llamando la atención para

que años más tarde fuese conservado. En uno de sus artículos definió que ese ángulo era del Fuerte, a diferencia de las demás estructuras que había en su alrededor, en especial las que otros trabajos pusieron en evidencia en 1942 y que eran parte de la Aduana Taylor. Si bien hubo confusiones de a qué sector de cada edificio pertenecía cada hallazgo¹, era evidente la mayor antigüedad de esa parte triangular. Incluso las contradicciones que encontró y destacó eran válidas: que la pared del fuerte (“la antigua cortina”) hacia el río, era oblicua como lo muestran todos los cuadros de época, mientras que este muro es vertical, pero como los ladrillos están cubiertos por cemento resulta imposible comprenderlo. A su lado, hacia el sur, hay otra tronera o al menos un agujero de gran tamaño en el muro, pero a la inversa no ha sido reconstruida y su estado de deterioro no permite hacerla comprensible. No podemos dejar de decir que es posible que ninguna de ambas fuese lo que se le adjudica, sino tan sólo parte del bastión antiguo con grandes deterioros, que en 1957 fue aprovechado para reconstruir uno de esos huecos como si fuese para un cañón –el que se puso allí– con fines meramente didácticos.



Figura 3. Posible tronera del fuerte restaurada para inaugurar el Museo de la Casa Rosada en 1957. Abajo a la derecha comienza a verse uno de los sectores recubiertos de piedra dentro de un área reconstruida.

¹ *La Prensa*, 31 de marzo de 1942, Buenos Aires (nota de Mario Buschiazzo).

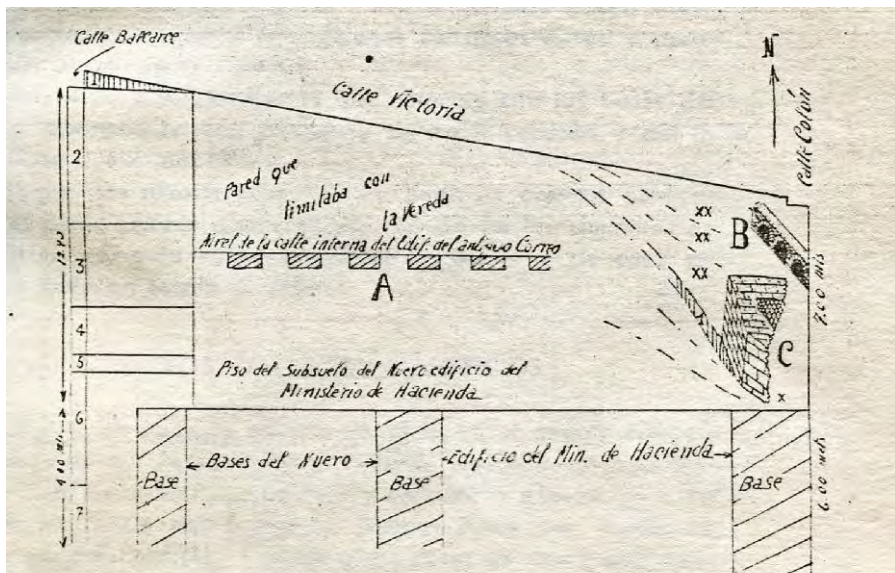


FIG. 1 — XX. Tierra de relleno; 1) tierra negra vegetal de 1.00 metro; 2) terreno loesoides pardo rojizo oscuro del bonaerense, 5.00 metros; 3) terreno loesoides pardo rojizo más compacto del bonaerense, 3.00 metros; 4) depósito loesoides, verdoso del belgranense palustre, 2.00 metros; 5) banco calcáreo del ensenadense, de 20 centímetros; 6) terreno loesoides pardo claro del ensenadense cuspidal típico, 4.00 metros; 7) terreno verdoso del ensenadense, 1.00 metro. A—Cimientos y pared de la antigua Aduana, ocupada después por el correo y actualmente edificio del Ministerio de Hacienda. B—Restos de bovedillas correspondiente a la antigua Aduana. C— Restos de la gran pared de grandes ladrillos correspondientes al antiguo Fuerte de Buenos Aires examinados por el autor en 1937.

Figura 4. Primera publicación sobre restos del fuerte, hecha por Carlos Rusconi en 1937. Pese a la complejidad de la representación muestra la tronera que se exhibe en el Museo de la Casa Rosada y la diferencia de los relictos posteriores.

Del Fuerte de San Miguel a la Casa de Gobierno Nacional

La Real Fortaleza de Buenos Aires, o Fuerte de San Miguel (también llamado en diversas épocas Real Fortaleza de Don Juan Baltasar de Austria y Castillo de San Miguel Arcángel), fue quizás la primera gran construcción que quiso tener la ciudad desde su fundación en 1580, emplazada entre el río y los terrenos otorgados a Juan de Torres de Vera y Aragón (hoy mitad Este de Plaza de Mayo). Un fuerte era protección militar, seguridad, y eso era fundamental en tierras desconocidas y en una situación internacional compleja, en un mundo que ni mapas tenía. Formaba junto a la catedral y el cabildo, el terceto del poder de España en su nuevo territorio. Buenos Aires era la ciudad más austral en el Atlántico americano, un límite material y real –pese a frustradas intenciones de otros asentamientos- del poder de España, el que era necesario resguardar.

Por diversas peripecias históricas las obras se iniciaron recién en 1594 y siguieron muy lentas, siendo por años poco más que un corral con muros de adobe rodeado por una zanja. Ni siquiera tuvo nombre. Hecho con obras menores a las que era necesario reparar, hacer cambios y refacciones en forma constante, pero que la falta de recursos, los problemas políticos, y la suerte de no haber sufrido ataques más allá de las amenazas, fueron dilatando su construcción. El no tener la materia prima accesible (piedras, madera y cal), más la falta de recursos económicos para obras de tal envergadura, hizo que cada vez que se intentó reforzar la construcción no se pasara de hacer parches y las cosas fueron lentas y poco concretas (Peña, 1910; De Paula *et al*, 2006: 62).

El fuerte, tal como lo vemos en las imágenes del siglo XIX, y gracias al toque romántico de los artistas que lo dejaron impregnado en nuestra mirada histórica de la ciudad (Figuras 1 y 2), fue resultado de muchas manos de ingenieros militares, constructores y cambios en los proyectos; pese a eso quien lo materializó en la forma final fue Domingo Petrarca. Había llegado a la ciudad en 1717 junto al gobernador Bruno Mauricio de Zabala y usó los planos de su predecesor Joseph Bermúdez con quien colaboró (Blaquier Casares y de Gandía, 1937; Martín *et al*, 1976; De Paula, 1990).

Garay, en el repartimiento original de solares de 1580 había decidido ubicarlo en el lugar en que hoy está la Casa Rosada, sobre la antigua barranca hacia el río, que era el único sitio desde el cual se podía proteger una aldea pequeña contra los peligros que únicamente podrían llegar de ultramar (Figuras 6 a 9). Fue una ubicación lógica en ese momento, central, en el punto más elevado, y en función del trazado planeado para la ciudad. Es cierto, como se alegó, que los disparos de los cañones no llegaban hasta el puerto –el Riachuelo en ese momento-, pero Garay y sus sucesores lo pensaron para proteger la aldea y sus alrededores inmediatos, ni siquiera imaginaron una ciudadela amurallada. Con los años y una mirada más estratégica e ingenieril se discutiría si el mejor lugar era ese o el llamado Fuerte de San Sebastián (Av. Quintana y Libertad actuales, obra que comenzó y se frustró), o el alto de San Pedro (San Telmo), o la entrada al Riachuelo donde efectivamente se hizo un pequeño fortín sencillo que se quemó y luego quedó inutilizado por el cambio de la boca del río (Figura 5). Y por supuesto cuando la ciudad creció, el fuerte se hizo inútil por muchas razones, y efectivamente nunca se disparó una bala desde sus cañones.



Figura 5. El sistema defensivo de la ciudad en 1658: el fortín del Riachuelo, el fuerte de San Miguel y el de San Sebastián al norte

El gobernador Hernando de Zárate en 1594 fue el primero en instalar una guarnición militar en la ciudad y hacer obras elementales para alojarlas, las que cinco años más tarde eran descritas como “un gran cuadrado con tapias con un terraplén sobre la barranca” (De Paula, 1990: 392). Ese sería el inicio de la construcción. Las cosas cambiaron cuando asumió Hernandarias en 1602 quien entendiendo su importancia inició trabajos de reconstrucción de lo poco existente y agregó lo que le fue posible; seis años después aun seguían las obras aunque ya estaba techado con tejas y ya no ramas. Pero poco debió ser lo edificado ya que su sucesor, en 1610, tuvo que volver a reedificarlo diciendo además que la artillería estaba dispersa sin lugar fijo donde ubicarla y que tuvo que rehacer el terraplén hacia el río, lo que una vez más demuestra lo provisorio de lo que había.

Es evidente que esta situación continuaba porque el Cabildo en 1616 nombró al primer constructor estable, Bathio de Filicaia, para el mantenimiento del Fuerte y la casa del gobernador, en lugar de estar rehaciendo una y otra vez. Pero las cosas no cambiaban demasiado ya que después el gobernador Céspedes describiría el sitio en 1626 como “tapias de tierra muerta, la mayor parte caídas” (De Paula, 1990: 363). Un dibujo de la ciudad hecho por el holandés Vingboons dos años más tarde muestra una empalizada de madera y un único bastión circular u ovalado, quizás origen de la torre que otros grabados mostraron más tarde y que luego desapareció. Acarette du Biscay, viajero francés que visitó la ciudad a mediados de siglo XVII, lo describía así:

[la ciudad] tiene un fortín de tierra, circundado por un foso, que domina el río, y tiene diez cañones de hierro, el mayor de los cuales es de a doce. Allí reside el Gobernador, que no tiene sino ciento cincuenta hombres de guarnición, los cuales están formados en tres compañías comandadas por tres capitanes, a los que nombra a voluntad. (Acarette du Biscay, 1943: 42)

El primer cambio importante fue la llegada de un militar entrenado, el marqués Pedro Esteban Dávila (o De Ávila) en 1631, que entendía los problemas externos e internos de la región y tomó cartas en esos asuntos. Si

lo anterior había sido desidia, inoperancia o corrupción es imposible saberlo, pero todo cambiaría de muchas formas, incluso con el hecho que el Fuerte tomaría su primer nombre: San Baltasar de Austria. De inmediato encargó la construcción de una estructura cuadrada de unos 40 metros de lado con cuatro baluartes y un foso. Para eso organizó 500 hombres y logró traer de las Misiones a 150 guaraníes, lo que para la ciudad era una cantidad de gente imposible de imaginar; menos aun darles de comer y de dormir. Parecería que la obra no se completó, pero el cambio fue notable en una generación. De todas formas sigue siendo intrigante la falta crónica de datos sobre la casa del propio gobernador y las demás dependencias del estado, las que sin duda eran más modestas de lo que es posible imaginar.

En el año 1663 hubo novedades: fue la llegada del nuevo gobernador, José Martínez de Salazar quien le daría la forma definitiva a toda la estructura, incluyendo el cambio de nombre a Castillo de San Miguel. Comenzó con todo rigor planteando que lo hecho hasta el momento era poco y acusando a sus predecesores de gastos inútiles:

El que llamaban fuerte sólo lo era de nombre, y en el dibujo de un papel iluminado que (...) se había remitido (...), en que se semejaba a los catillos de Amberes o Milán (...), porque nada de lo que significaba había. (De Paula, 1990: 364)

Con esa idea inició la obra de un nuevo edificio, de 130 por 170 metros, en el que se conservó sólo un baluarte y un tramo de muralla anterior, mantuvo la falsa escuadra es decir la orientación de unos 12 grados al norte, hizo dos hornos de cal, fabricó ladrillos y tejas, estableció talleres de herrería y carpintería, excavó el foso, colocó troneras y garitas en cada esquina y la parte superior fue hecha de cal y piedra, o al menos algunos sectores. Fue la base del fuerte que vimos en los grabados de la época de la independencia y de las invasiones inglesas. Obviamente no pudo terminar de hacer toda esa construcción, pero su continuador siguió el mismo proyecto tratando de recubrirlo de piedra. Siempre la falta de ese material era un problema en Buenos Aires.

Pasarían varios años y en 1701 llegó Joseph Bermúdez de Castro quien sería el que más conocido se haría para la historia del Fuerte por la mucha difusión que tuvieron sus planos, pese a que poco concretó de ellos; llegó con un nuevo gobernador y 400 soldados a los que había que darle alojamiento. Pero Bermúdez y su superior se enfrascaron en una larga polémica sobre la mejor ubicación para el fuerte, al que consideraban inoperante –y sí lo era por cierto-, insistiendo en colocarlo en el Riachuelo donde se construyó un torreón fortificado, y volviendo al tema de fortificar San Sebastián y San Pedro, donde efectivamente construyeron defensas. Y para eso mandó traer indios Tapes en 1704. Y si bien hizo dos planos de lo que debería hacerse en el fuerte, en 1708 y 1713 (Figura 8), parecería que sólo concretó una nueva Capilla Mayor que medio siglo más tarde aun la estaba construyendo Carlos Cabrer (De Paula *et al*, 2006: 62).

Cuatro años después, en 1717, llegó Bruno Mauricio de Zabala, quien era brigadier general y por ende un militar entrenado, quien sí pudo evaluar desde su profesión tanto lo hecho como lo por hacer. Aceptó el proyecto de Bermúdez y le encargó hacer las obras junto a Domingo Petrarca. Entre ambos hicieron una modificación a gran escala, completaron los faltantes, le agregaron un nuevo piso a las Cajas Reales y a una Sala de Armas. Es decir, que actuaron sobre el Palacio dándole la forma que conocemos por los planos aunque aun no completa con sus tres patios (Figura 10). Otro cambio que duró hasta el final lo introdujo en 1751 Diego Cardoso y del Espino, quien hizo lo que llamaba el “Palacio Nuevo” y cuya obra llevó a cabo Pedro Preciado. Pero nada sería sencillo ya que el uso de materiales poco nobles produjo fisuras en el Patio de Armas, con lo que se contrató a Antonio Masella y a otros conocidos especialistas para arreglarlo mediante contrafuertes que sostuvieran el primer piso. Para ese momento ya había cien personas trabajando en los talleres de maestranza.

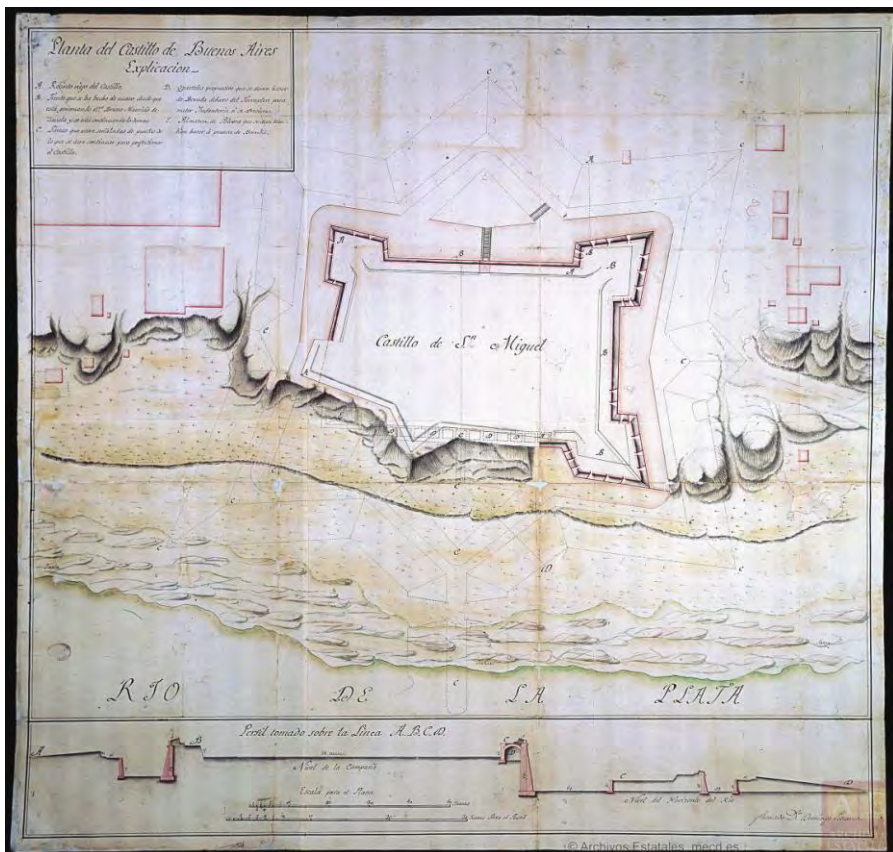


Figura 6. Relevamiento del Fuerte en 1692, hecho para las obras de Domingo Petrarca y Pedro de Zabala, donde el Palacio no figura (Fuente: Archivo General de Indias).

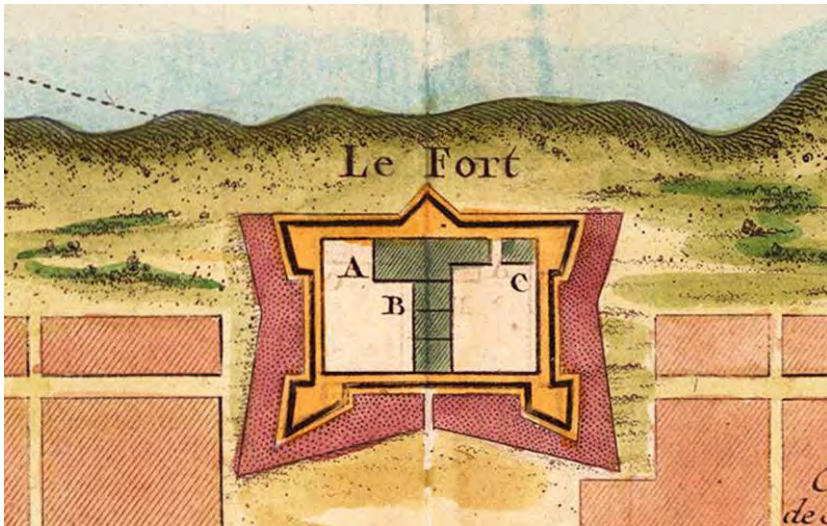


Figura 7. Detalle de un plano de Bellin de 1756, indicando de manera idealizada: A) Casa del Gobernador sin sus patios, B) Casa de la guardia y C) Capilla.

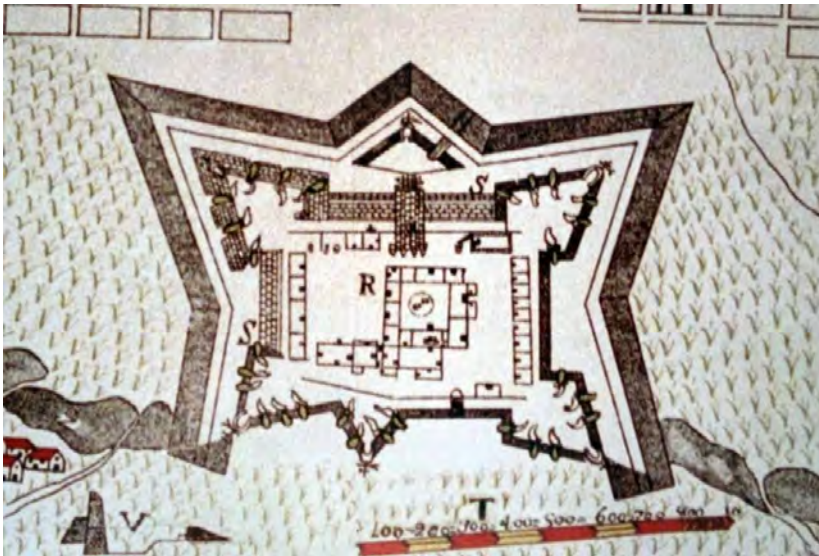


Figura 8. Detalle del plano de José Bermúdez de 1713 en que se ve el Fuerte con su proyecto de modificaciones, y un patio cerrando las estructuras preexistentes para darle forma al Palacio del Gobernador (Fuente: Archivo General de Indias).



Figura 9. Detalle del fuerte y su ubicación en la barranca en un plano de 1738 (Fuente: Museo del Banco Nación)

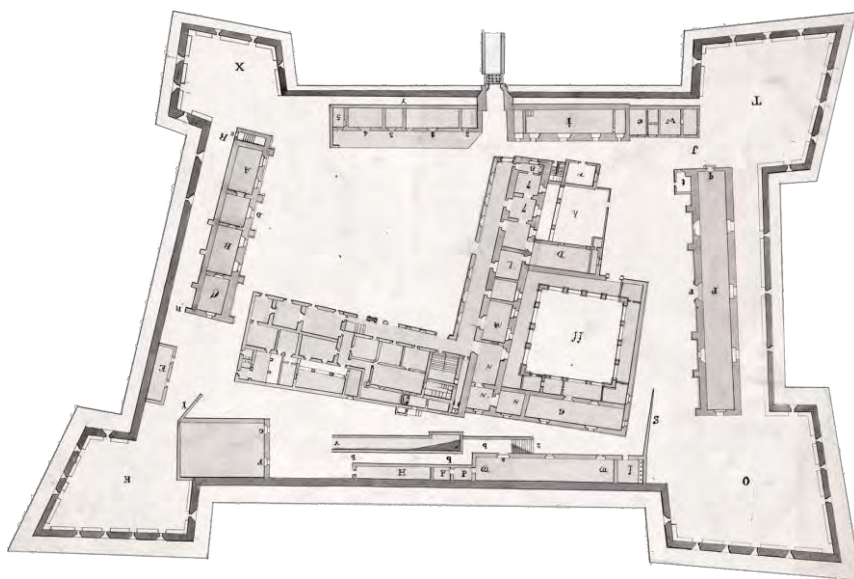


Figura 10. Plano del Fuerte hacia el año 1800 con su forma definitiva. Se observa el Palacio en el centro, tras las reformas del siglo XVIII. (Fuente: AGN)

En 1776 se creó el Virreinato del Río de la Plata y por lo tanto el palacio pasó a ser sede de un virrey, lo que implicaba una categoría mayor que la de un gobernador. Eso produjo que llegaran ingenieros y expertos, y las teorías de Vauban de cómo debían ser las fortificaciones; pero las guerras de España impedían toda gran obra. El Palacio estaba cada vez más exigido de comodidades y oficinas pero poco se podía hacer. Al proyecto de Bermúdez y Petrarca de hacía tantos años, lo continuaron Joaquín Miró y Joaquín Marín (De Paula *et al*, 2006: 156). En 1785 Juan F. de Aguirre decía del edificio en su interior que aun “no corresponde a la idea de un Palacio”. Pese a eso Francisco García Carrasco lo haría todo de dos pisos para que las habitaciones del virrey estuvieran arriba y abajo las oficinas, puso un balcón limeño, un “salón del dosel”, una nueva capilla real, oficinas, se cerrarían los patios y, novedad absoluta en la ciudad: sería el primer edificio de azotea. Quizás ahí el Palacio fue lo más parecido a lo que debería ser, y es el que vemos en la iconografía de principios de siglo XIX (Figuras 1, 2, 11 y 12).

Con la independencia y tras un corto papel en las invasiones inglesas fue cayendo en desuso: primero se demolió la capilla en 1810, luego se hizo el arco de entrada en 1822, cinco años después se cegó el foso que era un foco de infección producto del mercado que funcionaba su lado. Luego la aduana dejó de funcionar allí dentro al hacerse en 1856-57 la llamada aduana de Edward Taylor, en la parte del fuerte que daba hacia el río y apoyándose en la cortina o muro defensivo mayor, la que dejó de tener sentido de existir (Figuras 16 y 17). Cambiaba la imagen de la ciudad: debía verse como un emporio del comercio y no como un lugar militarizado, ya no había de quién defenderse.

Para que el gobierno nacional pudiera funcionar allí se demolieron los baluartes y muralla a mediados de la década de 1850 (Figura 13) y se le encargó un proyecto de remodelación a Prilidiano Pueyrredón, quien completó el piso superior en todo el edificio homogenizando estilos (Buschiazzo y Pando, 1965). En 1867 hubo un incendio por lo cual le encargaron rehacer el Palacio a Nicolás Canale quien le dio su forma definitiva y es la que vemos en las últimas fotografías (Figuras 14 y 15). El edificio fue totalmente reformado, los espacios y su distribución fueron

adaptados a los usos de la época, y las fachadas se reformaron por completo en estilo italianizante. El acceso principal, que antiguamente se ubicaba frente a la plaza 25 de Mayo (actual calle Balcarce), fue trasladado al frente norte (actual calle Rivadavia) con un pórtico saliente que funcionaba como un vestíbulo semicubierto.

La construcción de la nueva Casa de Correos que se inició en 1873 y luego el edificio simétrico a aquel hecho en 1881 dejarían oculto por completo al Palacio desde la plaza. Sería el inicio de la nueva época de planear construcciones a nuevo, encimadas a las antiguas que eran simplemente derruidas, proceso que culminaría con las obras de Francesco Tamburini para unir ambos edificios en la nueva Casa de Gobierno (Buschiazzo y Pando, 1965; Gutiérrez, 2004: 131-132).



Figura 11. Daguerrotipo del Fuerte y el Palacio de Gobierno en 1852, aún está el foso, los edificios bajos de la tropa y el balcón de la esquina del Palacio (Fuente: AGN – Archivo Witcomb).



Figura 12. Vista del Fuerte desde la Plaza 25 de mayo en una acuarela anónima de 1855

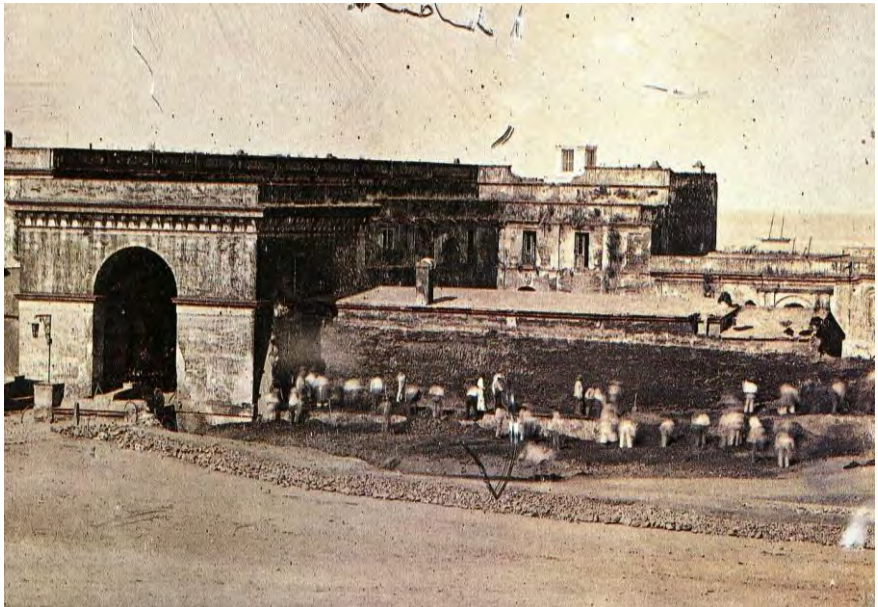


Figura 13. Foto de 1857 durante la demolición del muro exterior del Fuerte, atrás se ve parte del deteriorado Palacio de los Virreyes (Fuente: AGN).



Figura 14. Foto de Christiano Junior de 1876 que muestra el Palacio del Virrey transformado en Palacio de Gobierno; detrás se ha terminado el Correo (Fuente: Fototeca Biblioteca Nacional).

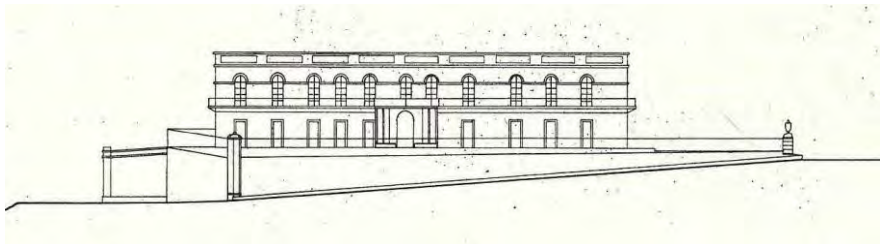


Figura 15. Última remodelación del Palacio con el primer piso completo en estilo italianizante sumando las obras de Nicolás Canale y Prilidiano Pueyrredón, visto desde el norte (Dibujo: archivo del IAA).

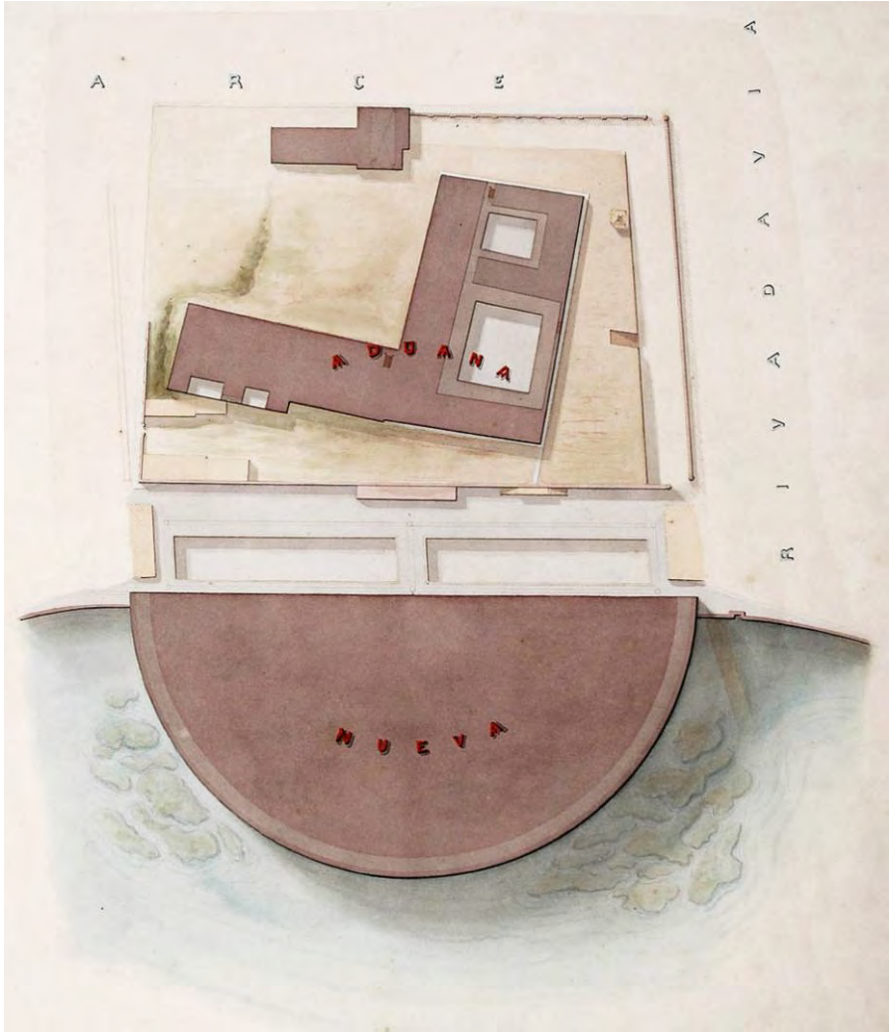


Figura 16. Plano del Palacio destinado en su totalidad a la Aduana Nueva que en ese momento terminaba de construirse, el Fuerte ya había sido demolido en su totalidad. Relevamiento de Pedro Beare en su catastro de 1860 (Fuente: Museo de la Ciudad).

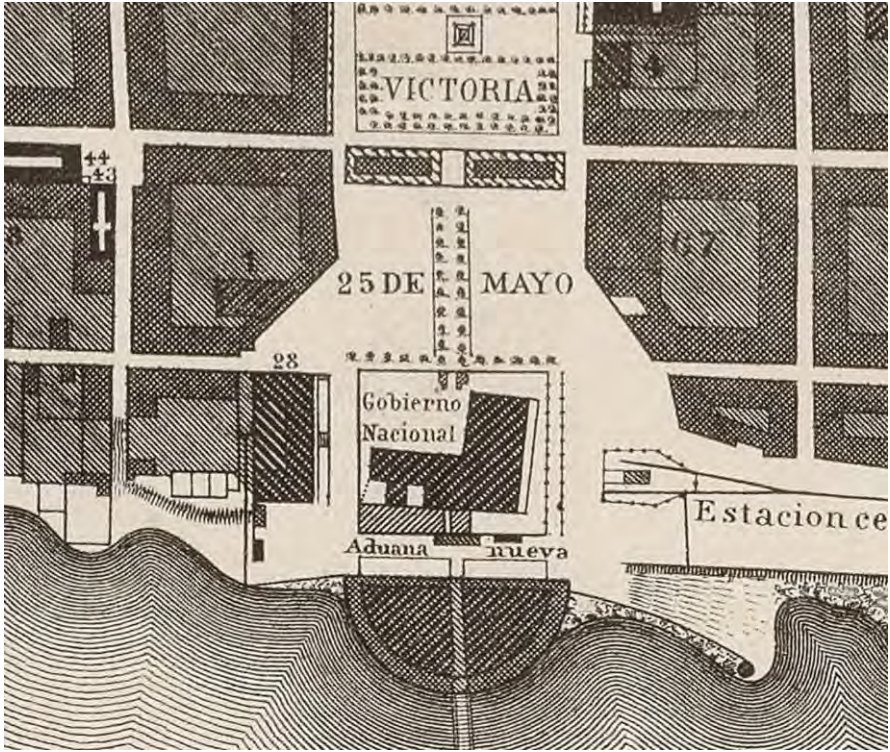


Figura 17. Plano de 1867 con el Palacio de Gobierno separado de la Aduana Taylor; los patios ya habían sido modificados (Fuente: Biblioteca Nacional de Francia).

Las estructuras descubiertas: descripción e identificación

Las cuatro estructuras descubiertas están distribuidas en dos sectores que denominamos “ascensores” y “zanja” pero comprendidas dentro de un mismo patio de la actual Casa de Gobierno. En la primer área, de 7,50 por 4,60 metros, se encontraron dos estructuras antiguas de mampostería de ladrillos denominadas A y B (Figura 18). Las restantes están referenciadas como C y D.

Estructura A

Se trata de un muro de cimiento, de 1,50 a 1,60 metros de ancho, formando un ángulo de 90 grados y que continúa más allá del área excavada en ambos sentidos (Figuras 19 y 20). Está construido con *medios ladrillos*, es decir, ladrillos rotos durante la cocción o el transporte, asentados en mortero de cal². La medida de los ladrillos es bastante regular: 20 cm de ancho y 5 cm de espesor, su largo original probable debió ser de 40 cm. La primera hilada está apoyada sobre una cama de pequeños fragmentos irregulares, entre 5 y 8 cm, y está a su vez sobre la tosca original del terreno a 2,60 m de profundidad respecto del piso actual del patio. El basamento sostenía un muro en su superficie cuya evidencia ya ha desaparecido y seguramente era de menor ancho.

La orientación de la estructura sigue el norte-sur verdadero según la brújula y por eso su diferencia con el trazado de la estructura superior actual. Ya en los planos de Bermúdez del siglo XVIII se muestra esta inclinación entre norte verdadero y el magnético, lo que es diferente a la que tienen las obras posteriores.

² La proporción de cal y ladrillos hallada contradice todo lo escrito sobre las primitivas construcciones de Buenos Aires. El uso de la cal en este cimiento permite inferir que no fue un material escaso hacia finales de siglo XVII como propone la historiografía. Este caso se condice con los hallazgos en el atrio de la iglesia San Ignacio en 2012 del primitivo cimiento del portal de acceso lateral al colegio de los jesuitas.

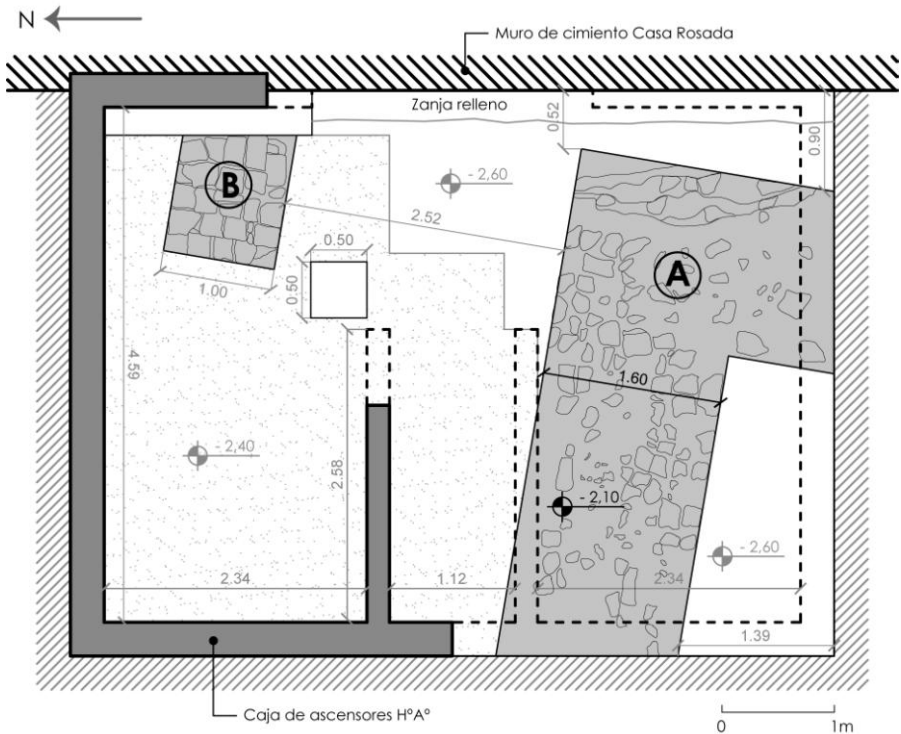


Figura 18. Caja de los ascensores y relevamiento de las estructuras subyacentes, se hace patente el desfase del norte magnético y el norte real, modificado en 1608 (Dibujo: F. Girelli).

Esta peculiar orientación de estos basamentos y de todo el Palacio se debe a una decisión tomada muy temprano: qué norte seguir en el trazado de la ciudad, tema que fue corregido en el año 1608 sobre las decisiones de Garay de 1580. Es la única evidencia material que queda de ese trazado original de Buenos Aires³. El tema de este cambio fue tan polémico que

³ El segundo trazado de la ciudad, hecho por Hernandarias, ha sido un tema de largas discusiones; no hay duda de que se hizo, lo que no hay son datos sobre la exacta diferencia entre uno y otro (había variación en el tiempo, es decir la declinación), y más que nada el motivo para hacerlo. ¿En qué cambiaba usar un norte u otro si todos usaban el mismo? ¿Las diferencias en una aldea tan pequeña eran significativas?

aun en 1792 se seguían haciendo planos “corregidos” como el conocido de Manuel de Ozores, para confirmar este tema.

El basamento seguramente sostuvo un muro del que nada ha quedado, y los perfiles visibles indican que su destrucción fue producto de las obras del arquitecto Francisco Tamburini hechas entre 1882 y 1899. Esto lo basamos en que un caño de agua de la antigua instalación cloacal pasa por encima del basamento, a unos 60 cm hacia arriba, y que los rellenos estratigráficos coinciden con los de esa época (Figura 20). No queda claro por qué no quedaron marcas de la pared que el cemento portaba encima, aun cuando fuera destruido, ya que si era de cal debió dejar marcas. Otra posibilidad es que si las juntas del muro eran de barro y sólo se usó cal para el cemento, lo que es bastante lógico de suponer, la limpieza de la superficie hecha por los encargados de la obra borró toda traza de ella.



Figura 19. Estudio del basamento (Estructura A) en que se observan los fragmentos de ladrillos que fueron usados para su construcción y que no hay evidencia alguna de un muro superior.



Figura 20. Basamento de muro en forma de L de 1,60 metros de ancho, hecho de fragmentos de ladrillos unidos con cal. Es posible que el muro superior haya sido destruido al pasar el caño de hierro que se ve encima, hacia 1884 o poco después.

Durante la obra de excavación para la caja vertical de los ascensores, no se notó que se había encontrado y atravesado un piso de baldosas cerámicas cuadradas, el que al parecer ya estaba roto por el citado caño. Hemos logrado obtener fotos tomadas por un operario en que se ve ese piso, efectivamente roto o al menos con un faltante en el sitio en que se estaba trabajando (Figura 21). Asimismo aún se ve que en los pocos sectores de tierra en los costados no hormigonados quedaban restos del piso vistos de perfil (Figura 22). Se observa también que las baldosas estaban colocadas a 45 grados en relación a los muros e incluso se había conservado una de ellas cortada al medio. La pequeña distancia que parece haber entre este piso y el muro que ya no estaba, puede representar la evidencia de un revoque o al menos de un zócalo.

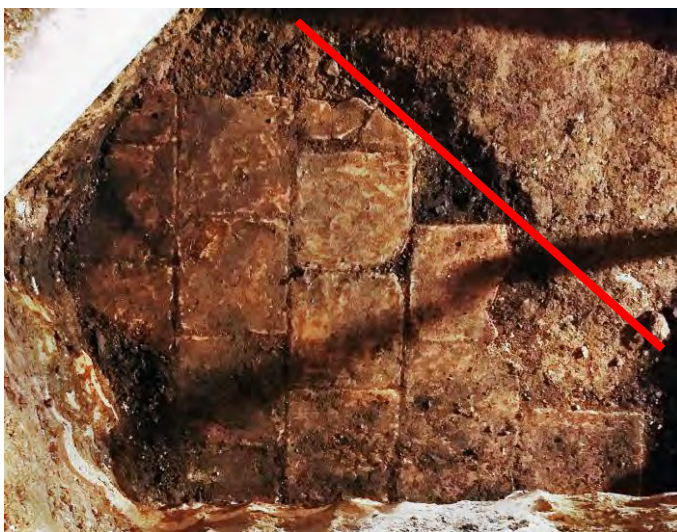


Figura 21. Piso original del edificio hecho de baldosas cuadradas puestas en diagonal en relación al cimiento y su muro superior (a la derecha de la línea roja).



Figura 22. Piso de baldosas visto en el perfil de la excavación antes del hormigonado de la pared. Nótese los cinco niveles de estratigrafía que existen por debajo y otro por encima.

El análisis del mortero del cimiento permite decir que la cal empleada provenía de calera de conchilla (¿del Paraná?), mezclada con arena (se observó la presencia canto rodado de menos de un milímetro), restos de huesos de 4 mm promedio, y polvo de ladrillo o teja molida (Figura 23). Es decir, se trata de un mortero de cal de buena calidad, homogéneo y resistente.



Figura 23. Microfotografías de la cal del cimiento mayor: nótese la conchilla, canto rodado y fragmentos de ladrillos en la mezcla.

En el extremo Este del sector excavado, contra la pared de ladrillos de 1884-89, hay evidencia de una zanja que se hizo para la construcción de ese muro. Fue rellenada al completarse esa pared la que actualmente da hacia un nivel inferior, obra hecha para aprovechar el desnivel del terreno y tener un subsuelo. Esa pared es estructural y figura en los planos antiguos del edificio hecho por el arquitecto Tamburini separando dos niveles importantes en la altura. En la zanja, los materiales encontrados reflejan esa cronología: fin del siglo XIX y es coincidente con lo que pasa por encima del cimiento. Cuando se hizo esa obra fue cuando seguramente se demolió buena parte de la pared del fuerte, se arrojaron unos 15 cm de tosca limpia encima del cimiento y luego vino el relleno de la obra. Así se sellaron hasta el presente esos niveles; solamente hubo alteraciones más recientes y en los

niveles superiores, como cambios de pisos y colocación de varios caños de de hierro y de plástico.

El piso de baldosas antiguo tenía un contrapiso de tosca, no de tierra negra, aunque las juntas sí lo son. Por debajo de él se ven seis estratos de unos tres a cinco centímetros de ancho cada uno antes de llegar a la tierra original, sólo uno de ellos tenía pequeños fragmentos de ladrillos. Por encima las baldosas tenían otra capa de tierra negra limpia lo que indicaría que le pusieron otro nivel encima, pero ya nada quedaba. Es extraño que ese piso haya estado un metro por encima del cimiento, el que termina alisado y con sólo una leve marca de la pared de encima. Es decir que no hubo forma de correlacionar bien estos niveles.

Estructura B

La estructura B se encuentra a tres metros de distancia de la A y es sólo un fragmento de muro del que quedaban cuatro hiladas de ladrillo en una superficie de un metro cuadrado (Figura 24). Los ladrillos están unidos por una excelente mezcla de tierra negra limpia y sin cal, cuya base se encuentra diez centímetros más alta que la de la estructura A. Los ladrillos son más chicos, midiendo en promedio 36 x 18 x 5 cm. El extremo Oeste es de perfil de corte recto, vertical, mientras que hacia el Este está roto indicando que continuaba. O era la base de un pilar rectangular o de una pared que terminaba en ese punto; lamentablemente no hubo más datos asociados a esta estructura. En el relleno de tierra del contrapiso y en el nivel de humus antiguo sobre el que se apoyó este basamento se encontraron fragmentos de tejas cerámicas y sabemos que ninguna etapa de la Casa Rosada, desde su primera obra en la Casa de Correos, las tuvo, ya que eran mansardas de pizarra o techo plano, incluso el Palacio en su tiempos tardíos tuvo azotea plana -no así lo destinado a la tropa y la intendencia-, por lo que casi con certeza pertenecieron a las construcciones más antiguas.



Figura 24. Estructura B: Restos de un muro o pilar de cuatro hiladas de ladrillos, con juntas de barro, colocado sobre la tosca natural.

Estructuras C y D

El sector que hemos denominado “Zanja” (que incluye las estructuras C y D), está ubicado fuera del rectángulo de los ascensores pero dentro del mismo patio central del edificio. Era un lugar en donde se estaban pasando cañerías a nuestra llegada por lo que el espacio para trabajar era muy estrecho y casi imposible. Allí se encontraron restos de dos estructuras muy deterioradas que coinciden con las primeras, pese a que hay más de seis metros de distancia entre ellas. Son iguales en ambos casos en materiales, medidas y posiciones.

La estructura C fue lo menos definido. Visto casi por casualidad entre la tierra y bajo los tablones de obra, se pudo despejar parte de unos ladrillos de las mismas dimensiones que en B, con disposición regular y junta de tierra negra. Su destrucción era enorme y lo que se veía eran restos de tres o cuatro hiladas muy alteradas (Figura 25).

De ese sector, a un lado de los ladrillos, se extrajo una muestra de tierra que parecería haber sido parte de un adobe (Figura 26). Estaba hecho con tierra negra limpia a la que se le habían agregado ladrillo molido, restos de huesos y fragmentos mayores de teja y cerámicas (una botija de Sevilla). Esta composición es la que nos apoya la hipótesis de adobes de un muro más que un relleno.



Figura 25. Estructura C: Ladrillos asentados en barro, vista desde el lateral de la zanja.



Figura 26. Posible fragmento de adobe hecho de tierra negra y restos de tejas, cerámicas, ladrillo y huesos, de la Estructura C.

La estructura denominada D es el relicto de un muro que, lamentablemente, el nuevo caño plástico que se colocó se lo hizo pasar por el medio de la pared, a lo largo de la misma, lo que dejó dos fragmentos de muros paralelos (Figura 27). Esta estructura fue parte de una pared o cimiento coincidente con la A, a la que sin duda está conectada físicamente.

En principio, y aunque no hay estratos que permitan unir unas y otras estructuras, creemos que el cimiento A-D corresponde a una época y función, mientras que los dos fragmentos B-C, si bien podrían estar conectados entre ellos en el tiempo y espacio, son diferentes a los anteriores y no formaron parte de la misma etapa de construcción. ¿Arreglos? ¿Ampliaciones? Imposible saberlo y menos a qué época corresponde cada uno, pese a ser todas construcciones del mismo edificio. Había asociadas a todas estas estructuras fragmentos de tejas (Figura 35), lo que indica su precedencia en el tiempo a la actual Casa Rosada. Más adelante analizamos las cerámicas recuperadas que son indicadores de temporalidad entre los siglos XVII y XVIII.



Figura 27. Estructura D: Muro de cimiento de idénticas características que la estructura A, se observa que conserva restos del revestimiento exterior a la cal. El caño que pasa por su interior lo dividió en dos mitades. La línea blanca indica el ancho total del muro.

Ubicación e identificación de los restos remanentes

El análisis de los restos encontrados, pese a haber sido una operación de rescate sin excavación sistemática, y a que los objetos no tuvieron un contexto asociado claro aunque algunos pudieran ubicarse en juntas y en la parte inferior de los muros, nos permite llegar a algunas conclusiones.

En primer lugar no hay duda que son restos del antiguo Fuerte y de la Casa del Gobernador que existía en su interior. Esto queda indicado por varias líneas de evidencia: la ubicación en el centro de la Casa Rosada, la profundidad –el nivel actual está determinado por las obras de fines del siglo XIX-, los ladrillos, su tipología y el tipo de aparejo, los hallazgos de materiales culturales que más adelante analizamos, la presencia de tejas –el edificio actual nunca las tuvo, ni el propio Palacio desde 1785-, y más que nada por la inclinación de las estructuras respecto al Norte.

Sabemos que la ciudad de Buenos Aires fue trazada por Juan de Garay en forma más administrativa que física, como era lo habitual, y que la cuadrícula y su orientación eran algo poco claro ya que no se pasaba de una pequeña aldea en donde lo único que sobraba era tierra. Solares de un cuarto de manzana para cada uno, o incluso media cuadra, para un rancho de pocos metros, era más de lo imaginado por un español pobre que llegaba de ciudades hacinadas y en que la propiedad era heredada sin posibilidad de modificarla. Es posible, y en eso coincide toda la bibliografía, que se usara la brújula para orientarse, trazando la ubicación de los lugares principales mediante el norte magnético (Ottonello, 1958). Fue en 1608, cuando gobernaba Hernandarias y había transcurrido una generación desde 1580, cuando se planteó la necesidad de corregir errores debidos a la falta de mojones, y limitar bien los terrenos urbanos y de cultivo. La falta de piedras y árboles de cierto porte dificultaban la delimitación del espacio. Fue en esa oportunidad en que se corrigió el trazado de la ciudad, de lo que quedó este conjunto como única evidencia: el fuerte ya desaparecido y el Palacio en su interior cuyos restos estamos viendo⁴. La evidencia

⁴ Alberto de Paula ubicó una referencia de 1880 respecto a otro cimiento orientado de esa manera bajo el Cabildo, encontrado durante las obras de remodelación de

documental más clara son los planos que hizo el ingeniero militar Bermúdez en 1608 y nuevamente en 1613 en que el Fuerte, con todo lo existente, tenía la dirección antigua (Figuras 28 y 29).

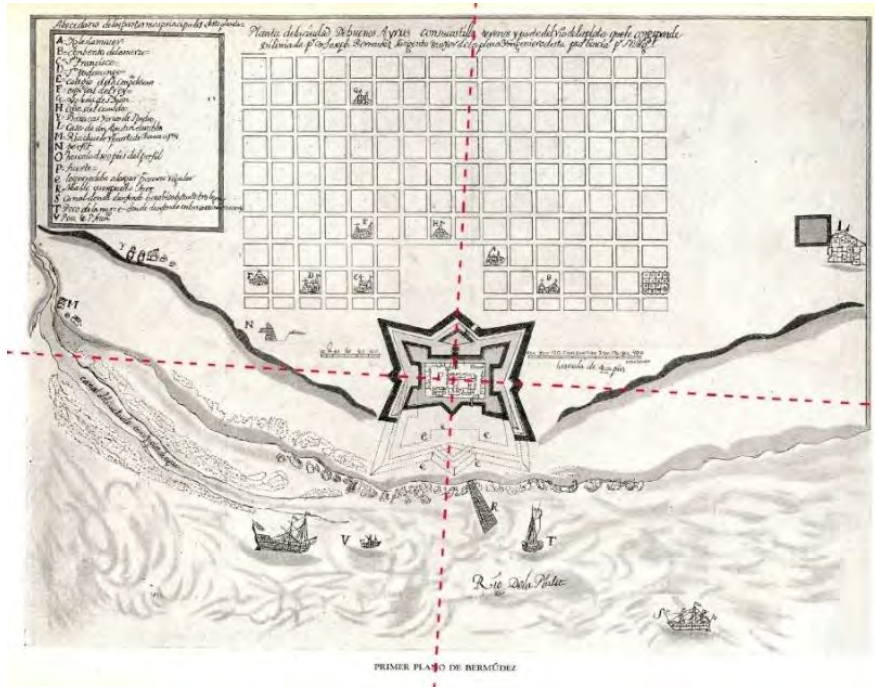


Figura 28. Plano de José Bermúdez con la orientación del Fuerte y su Palacio en 1708.

Pedro Benoit para transformarlo en Casa de Justicia: “En las excavaciones practicadas en busca de un subterráneo que se decía comunicaba con la antigua fortaleza, se encontraron gruesos cimientos pertenecientes a construcciones antiguas; lo más notable de ellos es que su orientación no era la del edificio actual, pues difería en 10’ aproximadamente”. (Coquet, 1882: 204)

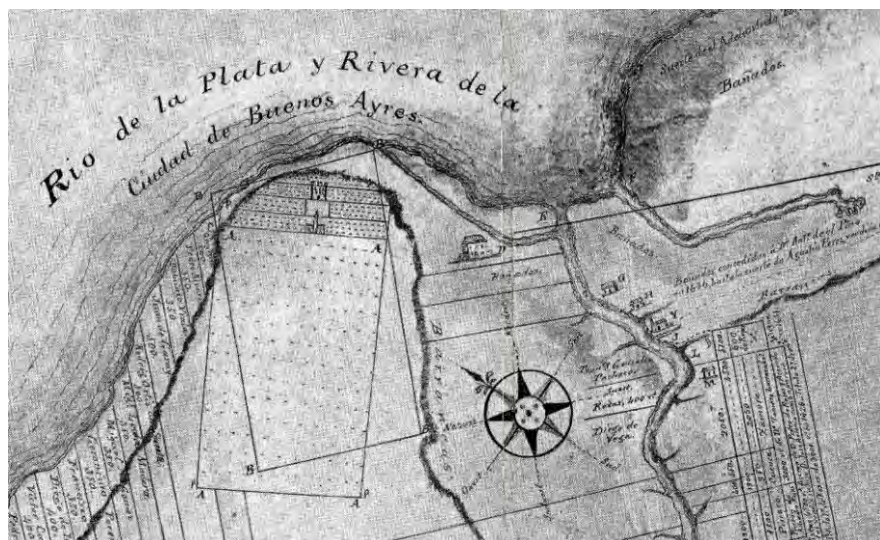


Figura 29. Plano dibujado en 1863 reconstruyendo los cambios de 1608 con la inclinación de los dos trazados de la ciudad (Fuente: Museo Mitre)

Los fragmentos de cerámicas encontrados asociados a la Estructura D, o bajo el piso de A, son anteriores al año 1800, por diversos motivos: hay cerámica indígena, cerámica criolla y mayólica española (Figuras 30 y 32), y nada de lozas o vidrios lo que denotaría el final del siglo XVIII y con más certeza el inicio del XIX. Esto permitiría pensar que esas estructuras no fueron tocadas con posterioridad hasta su demolición inclusive. Pero la falta de un contexto controlado hace imposible las conclusiones. En la tierra de las cercanías de C se encontraron 14 fragmentos de tinajas de boca estrecha, de fabricación regional, y empleadas para transporte de vino durante el siglo XVIII (Figura 31).

En ese sector y entre las juntas de tierra pudimos excavar tres mayólicas y dos fragmentos de cerámicas indígenas (Figura 33), además de otro de pasta blanca aunque sin vidriado (¿un azulejo?) pero que sin duda es europeo. La pasta de la cerámica indígena presentó agregados líticos, y en una, se observaron relieves en la superficie. Merecen mayores estudios futuros. Muy cerca, sobre el borde, había un fragmento de lebrillo de pasta

blanca con vidriado amarillo y verde que bien puede ser ubicado en el siglo XVIII (Figura 34).

Sobre las estructuras halladas, su posición relativa y características constructivas, podemos concluir que las estructuras A y D corresponden a la fábrica primitiva del Palacio de los Gobernadores, y fueron identificadas como parte de un mismo cimiento coincidente con el muro perimetral del edificio, de ahí su gran espesor, y que fue construido en el siglo XVII (Figura 36). Por su parte, las estructuras B y C, cuyas características constructivas son distintas al muro A-D como ya se describió, posiblemente se traten de muros más modernos, construidos en alguna modificación en el edificio hacia el siglo XVIII.



Figura 30. Fragmento del hombro y cuello de una tinaja de manufactura regional para transporte de vino (siglo XVIII), hallada en estructura A.



Figura 31. Fragmentos de tinajas locales halladas en rellenos de la estructura C.

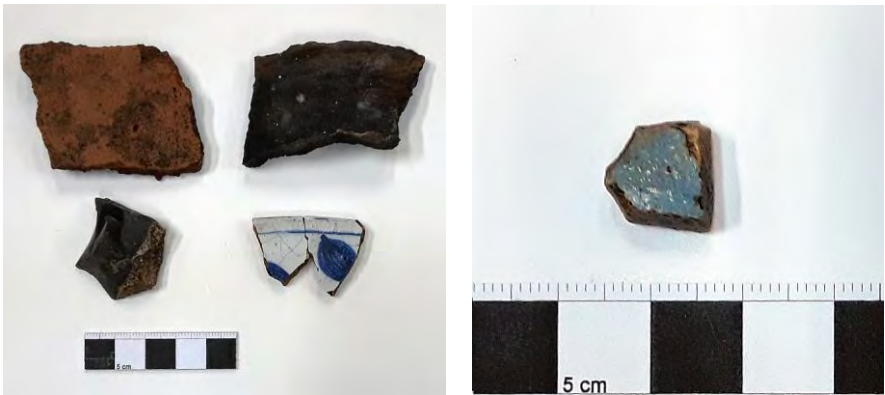


Figura 32. Fragmentos de mayólica y cerámica indígena de la estructura A. A la derecha, un fragmento de mayólica Sevilla Azul sobre Azul (1550-1600).



Figura 33. Cerámicas indígenas y mayólicas españolas asociadas a la estructura C (siglo XVII).

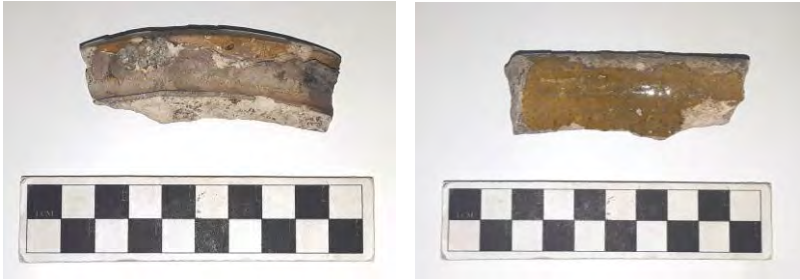


Figura 34. Cerámica española del siglo XVIII denominada Verde sobre Amarillo de Pasta Blanca, borde de una vasija o lebrillo.



Figura 35. Fragmentos de tejas hallados en la tierra que envolvía los restos de la estructura C.



Figura 36. Planta del Palacio de los Gobernadores (según reconstrucción existente en archivo del IAA) superpuesta a la de Casa Rosada. En azul, la ubicación del sector de ascensores donde fueron halladas las estructuras. (Dibujo: F. Girelli).

Hay por cierto objetos que fueron hallados fuera de contexto y que son claramente de épocas posteriores. Simplemente los enumeramos y guardamos, pero fueron encontrados por los operarios de obra en los primeros niveles de la excavación (Figuras 37 a 39). Entre ellos podemos citar fragmentos de botellas de gres de ginebra, dos de un botellón de whisky de gran tamaño, y una base de botella de vidrio tipo 1900 con la inscripción “Dres... & Leipzig”, una pequeña lata proveniente de Londres, catorce huesos de animales y muchos restos de revoques de buena terminación, de mosaicos de los que aun existen en el edificio, clavos y otros materiales de construcción de las obras del propio edificio en pie.



Figura 37. Objetos asociados a la construcción del edificio de 1885-89 hallados en los primeros niveles de la excavación: gres de ginebra y whisky, pizarras de los techos, una lata con la inscripción “...& London”, y huesos de animales domésticos.



Figura 38. Fragmentos de mármol de Carrara de zócalos y ornamentos, uno de ellos con una inscripción incisa; y teselas de gres de producción inglesa, idénticas a pisos que aún existen en parte del edificio



Figura 39. Dos variantes de clavos hallados en los rellenos: forjado (período colonial) y cortado con máquina (siglo XIX).

Sobre el origen del nombre “Casa Rosada”

Es ampliamente difundida la historia del nombre de la Casa Rosada, sobre una antigua tradición referente a que el edificio fue pintado con sangre de toro mezclada con cal –para que no se pudriera- lo cual otorgaba el tinte rosado. Es sin embargo absurdo pensar que el edificio que todos conocemos, terminado de construir hacia 1890, y absolutamente moderno para la época, fuera pintado con sangre de animal. Incluso es difícil imaginar que haya sido pintado de ese color por herencia de una antigua tradición, ya que la generación que construyó la nueva Casa de Gobierno y los principales edificios e infraestructuras modernas de la época, buscaban romper y despegarse del pasado colonial y por eso la fuerte renovación edilicia. Se han hecho cateos sobre las fachadas del edificio en las últimas décadas, buscando vestigios del supuesto color rosa y su composición química, y nunca se encontró nada.

La verdadera Casa Rosada, es decir, la sede de gobierno pintada de color rosa, fue el antiguo edificio del Fuerte, donde luego se construyó el edificio actual. Este último heredó el nombre del anterior por convivir en la misma ubicación. Una fotografía de Christiano Junior fechada para 1876 (Figura 14) y publicada en un álbum de vistas de Buenos Aires, presenta un epígrafe impreso de la época donde se lee: “La Casa Rosada”, mostrando el antiguo edificio principal del Fuerte, ya sin los bastiones y reformado unas décadas antes. Es posible que luego de la demolición de los muros del Fuerte hacia mediados de 1850 en que el edificio quedó exento y visible desde Plaza 25 de Mayo haya adquirido ese nombre, que mantuvo en la tradición oral hasta su demolición en 1885. Hay que destacar que en todas las pinturas del fuerte de la primera mitad del siglo XIX, el edificio principal aparece pintado de amarillo o blanco (Figuras 1, 2 y 12.)

Entre los materiales hallados durante la excavación se recuperaron dos fragmentos de mortero de cal perteneciente al revestimiento de un muro, que presentaban en su superficie restos de pigmento de color rosado (Figura 40). Es muy posible que se trate de restos del antiguo edificio, dado el

contexto del hallazgo, siendo los únicos vestigios del color rosa original. Futuros análisis de laboratorio sobre las muestras aportaran datos para avanzar sobre nuestra hipótesis y asignar una cronología precisa a los restos hallados.



Figura 40. Fragmentos de revoque (mortero a la cal) recuperados en la excavación, en cuya superficie se observan restos de pigmento de color rosado.

Conclusiones

La ciudad de Buenos Aires fue trazada en 1580 por Juan de Garay siguiendo el Norte Geográfico. Obviamente era una partición del espacio en un universo inconmensurable, y más que nada servía para pedir mercedes a España. Para los vecinos la tierra sobraba. Una generación después y la casi absoluta falta de demarcación (no hay piedras, ríos, bosques, para marcar divisiones de la tierra) generaba problemas. Hernandarias, con su eficiencia casi ingenieril decidió en 1608 trazar todo a nuevo, siguiendo lo pautado por su predecesor pero cambiando por el Norte Magnético, el que marca la brújula, unos diez grados hacia el Oeste. Uno era marinero y se guiaba por las estrellas y el astrolabio, el otro era un hijo de la tierra y se guiaba por el instrumento. Nada, absolutamente nada quedó de ese cambio, ni un relicto, casi un sueño de los primeros e irregulares años de la aldea fundacional. Sólo el Fuerte y el Palacio de los Gobernadores, que llegó este último hasta 1884, siguió ese trazado pese a sus cambios constantes, con esa orientación anómala en una ciudad cada vez más regular.

Este rescate permitió encontrar restos materiales: cimientos, cerámicas, objetos, que fueron parte de ese edificio, y a la vez la evidencia de ese trazado fundacional. Los restos siguen la orientación primigenia. Si algo se puede concluir es que una operación de rescate de pocos días, poca gente y recursos limitados, puede dar buenos resultados cuando la investigación histórica es suficiente. No reemplaza una cosa a la otra, y la arqueología histórica ya lo sabe, pero en este caso y una vez más, la historia de la ciudad tuvo un aporte significativo por la previsión de los constructores que llamaron ante el interrogante. Finalmente, una vez más encontramos la fuerte presencia indígena junto con cerámicas españolas, que nos recuerdan quizás a esos 150 guaraníes o los tapes traídos contra su voluntad, para las obras del edificio en 1606 y 1663.

Bibliografía

- Acarette du Biscay (1943) *Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú*, Buenos Aires: Alfer & Vays.
- Aguilera Rojas, Javier y Moreno Rexach, Luís (1973) *Urbanismo español en América*, Madrid: Editora Nacional.
- Anónimo (1957a) “Realizaráse en el subterráneo de la Casa de Gobierno un museo de las reliquias del Buenos Aires colonial”, en *Noticias Gráficas*, Año XXVII, N° 9202, 14 de febrero, p. 7.
- Anónimo (1957b) *Inauguración del Museo de la Casa de Gobierno: 12 de octubre de 1957*, Buenos Aires: Casa Militar, Presidencia de la Nación.
- Blaquier Casares, César y de Gandía, Enrique (1937) *Orígenes del Fuerte de Buenos Aires*, Buenos Aires: La Facultad.
- Buschiazzo, Mario y Pando, Horacio (1965) *Arquitectura de Buenos Aires*, Buenos Aires: Instituto de Arte Americano.
- CEHOPU (1985) *Puertos y fortificaciones en América y Filipinas*, Madrid: Comisión de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo.
- Coquet, Jorge (1882) “Casa de Justicia- Antiguo Cabildo”, en *Memoria presentada por el Secretario Ministro en el Departamento de Gobierno a la Honorable Legislatura, años 1880-1881*, Buenos Aires: Imprenta de El Siglo, pp. 197-204.
- Cúneo, Dardo (1938) “Los misteriosos subterráneos de la Casa de Gobierno”, en *Mundo Argentino*, N° 1416, 9 de marzo, p. 4.
- De Paula, Alberto (1990) “Las ciudades fortificadas y el territorio en el cono sur americano (1527 a 1810)”, en Gutiérrez, R. (ed.) *Estudios sobre urbanismo iberoamericano. Siglos XVI al XVIII*, Sevilla: Junta de Andalucía, pp. 356- 413.
- De Paula, Alberto, Gutiérrez, Ramón y Viñuales, Graciela (2006) *Arquitectura hispanoamericana en el Río de la Plata: Diccionario biográfico de sus protagonistas 1527-1825*, Buenos Aires: Cedodal.

- Gutiérrez, Ramón (2004) “Arquitectura colonial”, en *Diccionario de arquitectura en la Argentina*, Vol. 2, Buenos Aires: Clarín Arquitectura.
- Martín, María Haydee, de Paula Alberto S. J. y Gutiérrez, Ramón (1976) *Los ingenieros militares y sus precursores en el desarrollo argentino (hasta 1930)*, Buenos Aires: Fabricaciones Militares.
- Ottonello, Héctor (1958) “La tierra virgen y el trazado de la ciudad de Buenos Aires”, en *Mayo: revista del Museo de la Casa de Gobierno*, N° 1, pp. 95-117.
- Peña, Enrique (1910) *Documentos y planos relativos al período edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires*, 4 vols., Buenos Aires: Municipalidad de la Capital.
- Rusconi, Carlos (1937) “Contribución al conocimiento de la geología de la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores y referencia a su fauna”, en *Actas de la Academia Nacional de Ciencias*, pp. 177- 384.
- Rusconi, Carlos (1956) “Datos sobre el Fuerte de Buenos Aires”, en *Revista del Museo de Historia Natural*, Vol. XIV, N° 3-4, pp. 89-98.
- Schávelzon, Daniel (1987) “La Casa de Correos de Buenos Aires (1873-1876)”, en *Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, N° 23, pp. 45-50.
- Schávelzon, Daniel y Girelli, Francisco (2019) “Para una historia de la arqueología urbana en Buenos Aires (1848-1910)”, en *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, Publicación en prensa.
- Vidal, Emeric Essex (1820) *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Monte Video*, Londres: R. Ackermann.
- Zabala, Rómulo y de Gandía, Enrique (1980) *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Vol. I, Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad.